

ber aprovechado. Los pueblos de lengua española se agruparon en torno nuestro. Digo los pueblos porque estaban representados varios de ellos por hombres verdaderamente representativos, excelentes oradores varios de ellos, cuyos nombres no cito para no pecar por omisión. Cualquiera hombre público habituado a percibir los movimientos de las asambleas habría advertido que la solidaridad de los pueblos hispanoparlantes estaba ya pidiendo direcciones más precisas que las que suele encontrar en los banquetes de fraternización, con lo cual no quiero decir nada contra los banquetes, porque siempre fué el acto de comer en común el símbolo de la comunidad, y el cristianismo se fundó en la Cena, y la Misa es la Mesa.

Así como la Historia venía favoreciendo hasta ahora los instintos de dispersión de nuestra raza, dándonos, además de la anchura de Castilla, una América todavía más ancha, ahora parece haber llegado el momento inverso, en que la presión de otras razas que se sienten estrechas en sus tierras nos obliga a endurecernos en conglomerados más concretos, si hemos de conservarnos. Esta mecánica del mundo es una de las concausas del movimiento de solidaridad que empieza a unir a los pueblos de lengua española. Hay, además, otras. A medida que han ido creciendo las Sociedades hispanoparlantes, se han puesto más en contacto con el resto del mundo y entre sí, y este contacto es lo que las ha hecho sentirse más cerca unas de otras, como dos madrileños que no se conociesen sino de vista se sentirían probablemente amigos si se encontrasen en Manchuria. Paralelo a este contacto físico, el contacto espiritual con la historia del mundo ha acrecido la estimación hacia la madre patria entre las Repúblicas de América. Con todos sus defectos, la colonización española consigue resistir la comparación con cualquier otra.

Un político español que se hubiese encontrado en Ginebra, sobre todo si tuviera idea de lo que ha sucedido en América antes y después de la batalla de Ayacucho, de las tierras que se encuentran a la derecha y a la izquierda de los Andes y de la Sierra Madre, y de los pensamientos de los americanos, se habría dado cuenta de que la actual es una hora única, porque los pueblos de lengua española han empe-

zando a sentirse unidos, no tan sólo en una gloria de herencias comunes, sino en una situación de comunes peligros, porque todos viven en tierras ricas y codiciadas y sobre todos se cierne el capitalismo extranjero—sobre el petróleo de Méjico, el azúcar de Cuba, los nitratos del Pacífico, los ferrocarriles de la Argentina y las minas y vías férreas de España—, de lo que ha resultado una actitud común de perplejidad y crítica, porque los reproches que antaño nos hacían los criollos de América hace tiempo que los españoles nos los estamos dirigiendo, y aun con mayor dureza, por lo que todos somos unos, hasta en las mismas ansiedades.

Y ésta es razón por la que un buen político habría tomado pie de la comunidad de las angustias para promover toda suerte de empresas que intensifiquen nuestra solidaridad, como inteligencias aduaneras, intercambio comercial, inversión de capitales en ultramar, de suerte que nos asegurasen las materias que necesitamos, como petróleo, algodón, yute y gutapercha, y no hablo de la conveniencia y necesidad de crear servicios postales, agencias periódicas, cables y estaciones radiográficas que nos relacionen con los países de América, porque ello se entiende por sí solo, así como la urgencia de abaratar fletes y pasajes.

Pero si ese buen político hubiera sido, además, hombre de espíritu, habría hablado en voz baja, y con intimidad, a los hispanoamericanos, para decirles, poco más o menos:

«Amigos míos: Voltaire imaginó que en el país de los Incas había un Eldorado, cuyos habitantes eran tan religiosos, que, aunque rezaban mucho, nunca le pedían a Dios nada, sino que oraban para darle gracias, y estaban agradecidos a la Providencia porque, laboriosos, ahorradores y amigos del saber, su riqueza era tanta, que tenían empedrados los caminos de oro, diamantes y rubíes, y tanta su habilidad, que en quince días construían sus ingenieros máquinas capaces de franquear las montañas inaccesibles. Esas virtudes son, precisamente, las que, por ahora, no tenemos, porque nos gusta la pereza y la dilapidación y no nos cuidamos de que sean ciertas nuestras ideas de las cosas, por cuyos defectos carecemos de fuerza, cuya falta nos impide hacer valer nuestras virtu-

des, que también las tenemos, porque somos el pueblo más humano de la tierra, probablemente porque somos uno de los menos humanistas, puesto que nosotros no creemos que la bondad sea patrimonio de una casta determinada de hombres, sino que la concebimos como un templo ajeno al hombre, pero en el que todos los hombres, sean cualesquiera sus antecedentes, pueden entrar si lo desean; por lo cual, el espíritu de justicia que caracteriza a Don Quijote se convierte en torcedor que le tortura y le ridiculiza, porque la justicia sin la fuerza es el peor veneno para la voluntad, y ésta es la razón de que el pueblo nuestro se entregue a su soñera y diga con vuestro poeta:

«Vamos al reino de la Muerte  
por el camino del Amor»,

por cuyo Amor no ha de entenderse «el que mueve el sol y las demás estrellas», sino la lascivia inconcreta o abstracta de doña Zingua, reina de Angola, que es una forma del pecado, que es lo que San Pablo había dicho al afirmar que la muerte es la paga del pecado, porque sin el pecado no habría muerte.

»Vuestra madre patria, como ahora la llamáis, bondadosos, ha tenido más tiempo que vosotros para hacer experiencias, y una de sus últimas experiencias, aunque no la ha ensayado sino en pequeña escala, consiste en ponerse a ver lo que sucede cuando SE TRABAJA, SE AHORRA y SE ESTUDIA, y todo lo que ahora halláis bueno en España es resultado de este minúsculo ensayo, por el que ya han cambiado muchas cosas y han de cambiar otras todavía, a medida de que las más de las gentes se enteren de que en buena medida está en sus manos el hacer y cumplir votos de aprovechar el tiempo, de no gastar una peseta sino reproductivamente y de encarrilar el pensamiento en dirección de la verdad. Decid a los vuestros que éste es el Evangelio que ha empezado a predicarse en España: TRABAJO, AHORRO y SABER. Un día advertirá la generalidad del pueblo que no son estas palabras inanes sino un iábrete, Sésamo!, que abre, en efecto, las puertas de la Vida, porque hace realizable el anhelo de justicia universal que siempre ha sustentado el pueblo ibérico, y cuando lo advierta, sentirá hincharse el pecho de un amor divino que le hará saltar de la cama gritando, como el conde Claros de Montalván:

«Levantá, mi camarero;  
dame vestir y calzar».

RAMIRO DE MAEZTU

(El Sol.—Madrid).

## ZAPATERIA GAMEZ

De las buenas es la mejor. Por la bondad de sus materiales y por la belleza de sus formas.

100 varas al Norte de la Librería Lines.